

za á ser ridícula y sigue siendo perjudicial para la vista. No sé por qué ha de escucharse á Wágner á obscuras—¿será un símbolo?—cuando á Beethoven y á Bach se les escucha á toda luz en los conciertos. Y pase con Wágner, aunque ya es pasar toda una ópera atormentando la vista para brujulear lo que pasa en la escena; pero como hasta los gatos quieren zapatos, ya no hay piececilla ni esperpento que no pretenda fijar la atención del espectador con este recurso.

Los oculistas y los ópticos deben de estar en grande con los espectáculos modernos.



## XXXIX

Las tiendas de juguetes son en vísperas de Reyes el verdadero paraíso de los niños. Todos se aprestan para recibir la visita de los Reyes Magos, los reyes de leyenda y de ensueño, que vienen de tierras lejanas con su cabalgada de dromedarios cargados de juguetes y golosinas por tesoro.

De todas las leyendas piadosas ninguna tan arraigada en nuestro espíritu. Los padres más racionalistas y librepensadores la respetan en sus hijos, y al poner los regalos de misterio en la ventana, tal vez los padres estén más ilusionados que á la mañana los niños al descubrirlos.

Y ¿quién no espera toda la vida y cada día la llegada de los Reyes Magos?

El prosaico cartero es el mago de Oriente. A cada carta de letra desconocida, pensamos al abrirla, trémulos de ilusión y de es-

peranza: ¿Será el amor? ¿Será la riqueza?  
¿Será nuestra felicidad?

Nuestro corazón está siempre en la torre, como la hermana Ana en el cuento de Barba Azul, y sin cesar le preguntamos:—¿Qué ves? ¿Quién llega por el camino? Y hasta la hora de morir esperamos, y cuando llega la muerte, acaso esperamos todavía que sea la felicidad.

\* \* \*

Entre los libros de estrena—esta palabra, traducción exacta de los *étrennes* franceses, fué muy usada por nuestros clásicos Lope de Rueda, Mateo Alemán y otros,— se destacan por su elegante y graciosa presentación los libros ingleses. Maestros en las artes tipográficas, grandes artistas ilustrados, todos los años nos presentan nuevas ediciones de sus autores clásicos y de sus poetas, los primeros del mundo.

En libros para niños ofrecen maravillas de buen gusto, libros educadores, aunque sólo fuera por su artística presentación.

Las ilustraciones de *Rackam* en *El sueño*

en *noche estival*, de Shakespeare; la trilogía de Wágner, los cuentos de Grimm y Peter Pau, son admirables obras de arte.

De inspiración japonesa, unen á la más graciosa espontaneidad, la ejecución minuciosa. Parecen acotaciones ligeras, apuntadas, como por juego, al hojear el libro, y nos muestran, como profundo estudio crítico, el espíritu de la obra ilustrada. Ilustrar de ese modo, bien puede llamarse ilustrar.

En España son raras las ediciones de libros ilustrados. ¿No hay editores de ellos por falta de ilustradores, ó no hay ilustradores por falta de editores? Este es uno de tantos problemas nacionales en que es difícil precisar cuál sea la causa, cuál sea el efecto. ¿No hay oferta porque no hay demanda ó no hay demanda porque no hay oferta?

España, tierra de grandes pintores, no lo ha sido de grandes dibujantes. Nuestros artistas consideran el arte de la ilustración como un arte inferior; sólo obligados por la necesidad consienten en rebajarse hasta él, y siempre con cierta displicencia, que no

es la mejor disposición de espíritu para producir obras de arte.

\* \* \*

Mucho bueno creemos que puede hacerse en la Escuela del Hogar, proyecto y realización muy laudables del ministro de Instrucción pública, hombre muy de su tiempo.

Podrá decirse que la mejor escuela del hogar debiera ser el hogar mismo, pero como lo cierto es que la mayoría de los hogares no pueden ser escuelas, preciso es que haya escuelas que parezcan hogares.

Mas, como no sólo en el hogar vive el hombre, no como protesta, ni en oposición, todo lo contrario, como complemento, algo así como las clases de adorno en los colegios, yo sé que algunos señores de buen humor se proponen fundar otra escuela que pudiera llamarse... el nombre es difícil; vamos, algo así... lo que no es hogar... Ya me entienden ustedes.

Aunque con la buena enseñanza de la escuela oficial es seguro que disminuirá el número de solterones, todavía quedarán algu-

nos recalitrantes que tienen derecho á la vida, sin contar con los muchos casados de alternativa y algunos eclesiásticos.

En todos ellos han pensado los fundadores de la escuela, que pudiéramos llamar libre, para prevenirles una existencia placentera en que, sin el calor un poco atufante del hogar doméstico, no les falte nunca una agradable calefacción.

También han pensado en las innumerables jóvenes distinguidas, sin vocación de vestales de hogares, que ven malogradas sus aptitudes por falta de una esmerada enseñanza, que no siempre pueden dar las madres, aunque haya casos excepcionales.

Se organizarán cursos teóricos y prácticos de asignaturas muy interesantes. Las alumnas podrán ser matriculadas ó libres, aunque siempre serán preferidas las segundas á las primeras.

Las faltas de asistencia serán dispensadas, siempre que la alumna las justifique con haber repasado en su casa la asignatura ó haber salido de prácticas.

En el claustro de profesores y de profesoras figurarán personas muy poco respetadas

bles, verdaderas autoridades en las asignaturas cuya explicación les ha sido confiada.

Algunas distinguidas escritoras fluctúan entre ocupar una cátedra en la Escuela del Hogar ó en esta nueva escuela. Hay algunas que estarán con un pie en cada una y su actitud parecerá naturalísima á todo el mundo. No hay la menor incompatibilidad. Ni en la comida casera dice mal algún plato de fonda, ni en la comida de fonda algún plato casero.

A las señoras de su casa les convendrá matricularse en alguna clase de adorno, aunque sólo apliquen las enseñanzas á las necesidades domésticas; como á las otras les convendrán algunas asignaturas de la Escuela del Hogar, porque el mundo da muchas vueltas, y hay hombres tan de hogar que, cuando dejan uno, es para buscar otro, y son los que compran a pares los pares de zapatillas alfombradas, y quieren encontrar en todas partes las mismas cosas en el mismo sitio. No varían, continúan. Son fieles hasta en las infidelidades.

## XL

Si en torno á los reos de Cullera sólo hubieran disputado bandos políticos contrarios por la vida ó la muerte de los condenados á la última pena, tal vez, en este caso, no fueran los compasivos los que tuvieran razón.

Mas pasada la turbia que estas revueltas aguas de la actualidad traen de origen consigo, los espíritus desinteresados, los que no pierden nunca la noble serenidad inteligente, comprenderán, aunque por algo del momento se apasionaran unos y otros, que algo sobre la actualidad, con aspiración á lo definitivo, se eleva sobre las discusiones apasionadas.

Nada sería el perdón de hoy si no significara la abolición de la pena de muerte en España. Esa pena, que es vergüenza en toda sociedad civilizada, y si la civilización se enorgullece con el nombre de cristiana, no es ya sólo vergüenza, es crimen y es pecado.

La pena de muerte es la negación de la Justicia: es la pena bárbara del Talión, es la venganza que el propio ofendido se tomaría por su mano, sin necesidad de que unos jueces togados se interpusieran para dilatar fríamente la ejecución, cuando quizás los propios ofendidos han perdonado.

Pena que nada remedia y nada evita. Cuando más se aplicaba, más numerosos eran los crímenes. Hasta en delitos de imaginación, como en los brujos y posesos, puede comprobarse: cuanto más arreciaba el rigor en los suplicios, más se recrudecía el contagio, y eran en mayor número los que á sí mismos se acusaban de practicar diabólicas artes.

¿Ejemplaridad? No debe ser mucha la de una pena que todos los modernos legisladores creen más conveniente rodear en su ejecución de misterio y hasta se ha consignado, al término de largas discusiones en Congresos penitenciarios, la conveniencia de que la Prensa periódica se abstenga de publicar detallados relatos de toda ejecución capital. ¿Por qué todo esto, si de tan provechoso aviso y ejemplo fuera la pena

de muerte? ¿No es todo esto palmaria confesión de que tan contagioso es el crimen como la pena, cuando se iguala al crimen en el procedimiento?

Ya es sobrada concesión que los hombres podamos juzgarnos unos á otros, pero nunca de un modo irreparable. Porque andamos individualmente sueltos por el mundo, nos creemos desligados unos de otros, y hay un espiritual cordón umbilical que á todos nos une como á un solo organismo humano.

En toda gloria de la humanidad tenemos todos nuestra parte de gloria, y en todo crimen, nuestra parte de culpa.

¿Por qué ante las hazañas de nuestros soldados, ante los triunfos de nuestros grandes artistas, algún buen hombre, ajeno á todo valor y á todo arte, exclama con orgullo: «¡Somos muy valientes! ¡Somos muy artistas!» Hay quien ante las gallardías de un torero se ufana de ellas, como si fueran propias, y dice muy orgulloso: «¿Han visto ustedes cómo hemos quedado en Méjico?» ¿Por qué no se considera del mismo modo solidario de crímenes y errores?

¿Quién sabe de dónde cayó la piedra propulsora de las ondas sociales? ¿Quién sabe de qué baja bestialidad llegó la inspiración al artista? ¿Quién sabe de qué alta inteligencia luminosa llegó la negrura del crimen á un alma de tinieblas?

Los pueblos tienen sus héroes y sus artistas y sus grandes hombres, como tienen sus criminales. En todos hay algo de todos.

No lo olvidemos al juzgarlos. Por todo esto, ya veis si un Gobierno español tiene siempre razón para perdonar, y todos para agradecerle que perdone. Es como si nos perdonaran á todos y todos nos perdonáramos unos á otros.

\* \* \*

Persona, al parecer eclesiástica, me escribe muy indignada porque yo he dicho que los santos en vida no fueron muy bien mirados por la Iglesia. ¿Habré de recordar á persona tan docta los muchos santos que anduvieron en opinión de herejes y padecieron persecuciones y entredicho? ¿Bastará con recordar á San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Je-

sús? ¿No tiene el primero que pasar los imposibles hasta ver aprobados los Estatutos de su Orden? ¿No padecieron los de casa persecuciones de la Inquisición y de sus superiores? ¿No llamó el Nuncio de Roma femina inquieta y andariega á Santa Teresa?

No es que á mí me parezca mal; todo ello es naturalísimo. Los espíritus superiores, en cualquier esfera de actividad, son una perturbación.

Parafraseando un refrán algo brutal, bien puede decirse: «El grande hombre muerto, y el apio en el huerto».

Digan ustedes á cualquier familia de un grande hombre: «¡Qué orgullosos estarán ustedes!» Y por vergüenza no se atreverán á decirlo; pero, ¡vaya si lo piensan!: «Lo que estamos es... que no le podemos aguantar.»

Los santos y los genios no tienen vista más que á muchos siglos de distancia, cuando ya no les queda ni descendencia; porque hay descendientes que, sin ser santos ni genios, abusan del nombre del antecesor ilustre para seguir molestando.

## XLI

En literatura destinada á los niños hemos sido, por mucho tiempo, importadores de libros extranjeros. El *Juanito* de nuestra niñez, el admirable *Corazón*, de Amicis; los cuentos de Grimm, de Andersen, no tienen en España equivalentes. Las mismas fábulas de Samaniego, la más castiza lectura en nuestros tiempos de colegiales, al través de Esopo y de Fedro, llegan á España por el francés La Fontaine, tan odioso á Lamartine como educador. En efecto, la moral de las fábulas es algo sanhopancesca, rastrera, y el gran poeta tenía sobrada razón para abominar de ellas como libro iniciador de poesía en el espíritu del niño.

Los cuentos de Perrault, por su asunto, serán eternamente encanto de los niños, aunque su erudito autor, al contarlos, puso en ellos cierta socarronería, como para las damas y cortesanos de colmillo retorcido, en

quienes pensaba al escribirlos más que en los ingenuos lectores infantiles.

Las *Mil y una noches*, por mucho que se expurgen, no son de lectura muy conveniente para niños. Trascienden á sensualidad oriental y perturban la imaginación.

Nuestro *Don Quijote*, fuerza es confesarlo, es de incomprensible y aburridísima lectura para chicos. Es libro para leerlo después de los treinta años. Por eso hay tan pocas mujeres que lo hayan leído.

En publicaciones periódicas para la infancia tampoco hemos sido muy fecundos. La mejor, sin duda, fué *Los Niños*, periódico fundado y dirigido por D. Carlos Frontaura, de grata memoria, y sus artículos y cuentos más amenos traducciones eran también casi siempre.

En colaboración con D. Teodoro Guerrero publicó el mismo D. Carlos Frontaura unas cuantas comedias para niños, de moral un tanto sensiblera, pero muy bien intencionadas; y una entre todas, titulada *Una lección de historia*, muy bien compuesta para grabar en la imaginación de los niños gloriosas páginas de la Historia de España.

Otro distinguido escritor, Segovia Rocaberti, publicó también una colección de obritas teatrales infantiles. Hoy día publica también una el Sr. Espasa, en Barcelona. De Buenos Aires recibí, poco tiempo ha, otra numerosa colección.

De Fernán-Caballero tenemos una Mitología, explicada á los niños, verdadera obra maestra de discreción y de buen gusto.

Para niños de librepensadores y racionalistas es obra muy apreciable *Ponos ó La Comedia Humana*, de D. Melitón Martín, obra injustamente olvidada, á mi entender; tal vez famosa en todo el mundo si no fuera española.

Como nuestra enseñanza, cuando no es de una estrechez de miras clerical, es de una pedantería filosófica aún más estrecha, la obra de D. Melitón Martín ha padecido bajo el natural desvío de los unos, que no quieren que nadie sepa de nada, y de los otros, que se lo saben todo.

Entre la infinita ignorancia y la infinita sabiduría, extremos, sin término medio, de la mentalidad española, ó no nos enteramos de nada, ó sólo de Kant para arriba.



el zaguán ó en el quinto cielo. Y en el quinto cielo de un salto, sin tomarnos el trabajo de subir por las escaleras.

Género muy difícil de literatura es un género en que ha de olvidarse el escritor de toda literatura; cosa muy difícil para el verdadero literato y cosa imposible al que no lo es: que se acuerde de toda la mala literatura á la hora de escribir.

Para escribir un buen cuento de niños hay que tener alma de madre. Lo que es lo mismo, ser un gran artista, verdadero artista. El alma del Arte es alma de madre, como el alma de la Naturaleza.

Género de arte en que debieran triunfar las mujeres, si no fuera que la mayoría de las mujeres escritoras tienen muy poco de femenino.

Cuando la mujer es mujer antes que escritora y mucho antes que literata, escribe, cuenta, mejor dicho, deliciosos cuentos de niños, todos de ingenua imaginación y candoroso sentimiento. Cuentos que pueden interesar á los niños de todos los tiempos y de todos los países; porque el alma del niño es siempre universalmente primitiva.

En cada niño nace la Humanidad. En cada nación, desde las capitales civilizadas, emporio de cultura, hasta las aldehuelas pastoriles, más que unidas, apartadas por senderos riscosos de las ciudades, puede estudiarse, mejor que en los libros, la historia de las razas y los pueblos en su más remota ascendencia. No son códices y monumentos, cronicones y sepulcros los que mejor nos hablan de edades pasadas; son seres vivos, hombres y mujeres, que viven hoy en el alma de otras edades, las más remotas, hasta la misma edad de piedra.

Los grandes escritores, cuya gloria perdura sobre los pueblos y los siglos, son los que acertaron á contar mejor esos eternos cuentos que interesa siempre al espíritu infantil de la Humanidad.

Todas las grandes obras de la literatura, si bien se advierte, son cuentos de niños. Obras que conmoverán eternamente lo que hay de niño en el alma de todos los hombres y de todos los pueblos.

Cuentos de niños, *La Iliada* y *La Odisea*; cuentos de niños, *La Divina Comedia*, y nuestro *Romancero*, y *La Canción*, de Rol-

dán, y los *Fabliaux* franceses, y los cuentos de Chaucer, y las tragedias de Shakespeare, y los dramas legendarios de nuestro teatro...

Hoy, entre el espíritu del escritor y el espíritu del pueblo, el eterno niño, media una distancia que no basta á salvar una artificiosa sencillez toda de habilidades literarias. La sencillez no se imita con nada; con la bobería, mucho menos. Ni con místicos ó castizos vocablos.

Sin afectación, alegre, claro, limpio, llega un libro de cuentos para niños, *Cuentos de hechos*, de Gertrudis Segovia, libro de mujer, como yo quisiera todos los libros escritos por mujeres; libro que añade á nuestra pobre literatura infantil unas flores, más valiosas que joyas. Hay en él cuentos comparables en interés al delicioso del *Pájaro Azul*, de Mme. D'Aulnoy, y á *La Bella y la Bestia*, de Mme. de Beaumont. Son verdaderos cuentos para niños. Y doy fe de ello, porque sé de varios niños que los han leído con entusiasmo y sé de una señorita distinguida que se ha aburrido mucho. Una señorita distinguida es lo menos infan-

til que se conoce. Una señorita distinguida, si la dicen que puede tener hijos, suele exclamar: ¡Por Dios! Chiquillos, no. ¡Qué lata!

A señoritas de estas de ¡Qué lata! no hay que ofrecerles cuentos para niños. Con la conversación de algún joven, tan distinguido como ellas, tienen bastante pasto intelectual.



## XLII

El príncipe de Mónaco es un príncipe dichoso. Su minúsculo Estado, el más pacífico del mundo. No agobian á sus súbditos contribuciones ni cargas. Su ejército es un elegante Cuerpo de Policía; sus barcos no son de guerra, son de paz, y su insignia, la más alta y más noble expresión de paz, la Ciencia.

En el *Princesa Alicia* no van, con el noble príncipe de Mónaco, ni el conquistador, ni el colonizador, ni el aventurero, ni el viajante de comercio, ni el deportista; va el sabio explorador de tierras y mares, sin otro interés que el estudio mismo.

Al contrario de otros príncipes, para este afortunado, el gobernar es un descanso. Por eso puede hacer del estudio su deporte.

Contra siete vicios hay siete virtudes en este mundo. Pero en los felices dominios de

este príncipe, contra innumerables virtudes hay un solo vicio.

El es fuente de prosperidad y bienandanza, él costea las exploraciones científicas, él permite en Exposiciones universales, al mínculo Estado, tan lucido papel como á muchas grandes potencias. El amor á la Ciencia de un príncipe sabio contrapesa, muy justamente, grandeza y poderío de otras naciones.

Con todo esto, ¿no pudiera escribirse algo muy interesante sobre la moral de lo inmoral?

Como toda la moralidad de un Estado no puede ser, en resumidas cuentas, más que hipocresía, en los Estados moralistas son los trabajadores y los honrados los que vienen á pagar y á sostener vicios y holganza.

El Principado de Mónaco, sin hipocresía, logra algo más justo: el vicio tributario y el trabajo exento.

No hay persecución capaz de exterminar un vicio, como el vicio sea de los arraigados en la naturaleza humana. La persecución infructuosa sólo conseguirá añadir al vicio del vicioso el delito del encubridor; más

repugnante todavía, cuando tras de encubrir, delata.

En cuanto á que no hay nada tan elástico como la moralidad, ¿es preciso insistir? Yo confío mucho en la discreción de nuestras autoridades. Pero, ¿se imaginan ustedes el contraste, si en estos días se le ocurriera á un delegado sorprender alguna partidita de juego?

El Gobierno, que honra, agasaja, condecora y recibe como se merece al noble príncipe, soberano dichoso del más dichoso Estado, no podría consentir esa inconveniencia.

¡Envidiable suerte la de este príncipe!  
¡Ay! Tanto como él la Ciencia, amaría yo el Arte, si se me permitiera explotar siquiera una ruletita con un par de ceros.

\* \* \*

A los partidarios de la pena de muerte les ha parecido crisis de sentimentalismo y aun de histerismo el movimiento abolicionista determinado con ocasión de recientes indultos.

Si á histerismo fuéramos, también pudie-

ra haberlo sanguinario, y siempre sería más expuesto que el filantrópico y sentimental. Pero, ¿á qué agraviarnos mutuamente? Siempre habrá dos conceptos fundamentales de la vida: conservador y liberal: En el más amplio sentido de estas palabras.

El sentido conservador considera la vida con escepticismo oportunista. La humanidad es mala de suyo y las sociedades constituidas por los hombres adolecen de sus mismas imperfecciones. Siempre ha sido lo mismo y lo mismo será mientras el mundo exista. Es inútil aspirar á mejoría ó perfección.

Contra los perturbadores del orden social no hay más defensa que... defenderse. Contra los malos, el castigo. ¿La enmienda? ¡Ilusión, utopía progresista!

Este sentido es muy respetable, y más lo sería llevado al extremo. Supresión radical de cuanto hay de inútil, perjudicial y parasitario. A defenderse del criminal como delapestado, del inútil como del vago, del loco como del imbécil.

¿Quién sabe si esta despiadada selección no sería el medio más eficaz de cultura?

Pero hay quien considera, tal vez ilusionado, que el espíritu humano es perfectible y perfectible la vida, y perfectibles las sociedades. La historia conocida de la humanidad es de muy poco tiempo y son días los siglos de que podemos tener noticias, y aun esos bastan para decirnos que es hacia el bien el lento caminar y hacia la perfección todo el camino. Poco á poco y despacio, eso sí. El efectivo avance apenas responde al aliento espiritual.

El poeta del premio Nobel, en este año, Maeterlink, lo dice: «Para realizar siquiera un bien pequeño en nuestras acciones, hay que soñar con las más altas y generosas empresas de bondad.»

En cuanto á la parte de responsabilidad social, de solidaridad, mejor, en virtudes y en crímenes, ¿no habéis leído *Resurrección*, de Tolstoi?

Antes de juzgar debemos juzgarnos. Será la mejor lección de todo delito.

Consideremos el caso de Cullera. Ya parece lejano, como un suceso histórico. No puede haber ofensa para la memoria del juez cruelmente asesinado. Doy por supuesto que

era el juez más íntegro, más justo, más digno. Lo era. Pero, ¿es siempre así? El que haya vivido algún tiempo en un pueblo, ¿sabe de las injusticias, de las iniquidades, de las tropelías de la justicia al servicio de los caciques?

Los pueblos sufren años y años, y en un día, por fin, se cobran, con aparente injusticia, quizás cuando menos debieran y en quien menos mal hizo, todas las injusticias padecidas... Hicieron mal, no hay duda. Pero, ¿dónde empezó el mal?

Eranse dos amigos, de los cuales el uno en cuanto ponía mano prosperaba y juntó un cuantioso capital en poco tiempo. El otro era tan desdichado, que el negocio más seguro acababa para él en un desastre. Por si su mala suerte consistía en ser más honrado en sus tratos que el amigo, se dejó de escrúpulos y quiso imitarle, por ver si se desquitaba. Todo le salía mal del mismo modo.

Un día jugaban al tute los dos amigos, mano á mano, y el infeliz no lograba baza, mientras el otro no dejaba de acusarle las cuarenta, más veinte, y vuelta á lo mismo, y así toda la partida.

El perdidoso bramaba y para sus adentros iba repasando su historia y la de su amigo, la sinrazón de sus malos negocios y los buenos del otro, las pillerías que al amigo le habían enriquecido y á él sólo le habían traído pleitos y disgustos. Y al fin, cuando una vez más le acusaba el amigo las cuarenta, se levantó, rojo de cólera, tiró cartas, mesa, sillas y luces y la emprendió á golpes con el ganancioso, gritándole:—¡Ladrón! ¡Pillo! ¡Granuja! ¡Si toda tu vida has sido lo mismo!

Nadie podía explicarse aquel arrebató; todos se lo afearon mucho. ¡Ponerse así porque le acusaban las cuarenta!

Pero, lo que él decía:—¡Señor! ¿Si creerán que ha sido por estas cuarenta de hoy? ¡Si es que toda su vida me las ha estado acusando y... ya no podía más, ea, ya no podía más!

Hay muchas cosas, inexplicables en un momento, que tienen su explicación en toda una vida.

## XLIII

El Municipio de la opulenta Bilbao, al discutir sus presupuestos, acordó grandes economías en las subvenciones á las cantinas y á las colonias escolares.

Cuando en todos los países civilizados se concede la mayor protección, moral y espiritual, á estas instituciones, en el Ayuntamiento de Bilbao se alzan destempladas voces para protestar contra ellas.

Un edil dice que las colonias escolares no pasan de ser un recreo, una diversión para los niños. ¡ Gran argumento! Y si no fueran más que eso, si no fueran salud y vida, ¿ estaría tan mal empleado el dinero?

Otro dice que no hay para qué contribuir á la regeneración de los hijos de los borrachos. ¡ Admirable argumento también! Y, ¡ admirable espíritu de caridad cristiana!

Para ellos hacen y para sus hijos, al no

hacer por los hijos de los demás, por borrachos que fueran.

A un hombre muy inteligente le oí yo decir muchas veces que, para tratar en cualquier negocio, si había de ser un pillo, le diera Dios pillos muy pillos, que éstos, al fin, por interés propio, atinaban siempre con el interés ajeno. No como el pillo bruto—mezcla detonante,—que por quererlo todo para sí, malogra las mejores empresas.

Del mismo modo, ya que sea el egoísmo primer móvil de las acciones humanas, seamos de veras egoístas, y, por verdadero egoísmo, comprenderemos la conveniencia del bien ajeno. Por nuestra salud, nos cuidaremos de la salud de los otros; por nuestra seguridad, de su honradez; por nuestra inteligencia, de su cultura; por nuestra riqueza, de su bienestar. No es lo malo que seamos egoístas, sino que lo somos malamente. Los grandes bienhechores de la humanidad han sido los grandes egoístas. Querían un mundo mejor para vivir mejor ellos.

A los que no son egoístas, cualquier cosa les está bien y viven tan á gusto en una po-

cilga. Esos no moverán pie ni mano por mejor cosa propia ni ajena.

\* \* \*

Nada más gracioso y artístico que las danzas de Loie Fuller y sus discípulas. Loie Fuller, inventora de la famosa danza serpentina tan copiada y tan imitada después, ha comprendido toda la verdad de la máxima de D'Annunzio: Renovarse ó perecer. Y si es cierto que en la parte física no ha podido contrarrestar el irreparable ultraje de los años, como dijo el trágico, en la parte artística, ya que no renovado del todo, ha rejuvenecido su arte con artísticas variaciones sobre el antiguo tema: «Bella forma mortal passa, é non d'arte», que dijo Leonardo, y adoptó después por lema el mismo Gabriel D'Annunzio.

Loie Fuller, con sus vaporosos contornos de nube, de llamarada, de viviente flor, de mariposa, con sus combinaciones de luces y colores, ha sido una gran innovadora en arte. Con especialidad, en el arte decorativo llamado modernista. La moda femenina



también ha encontrado en ella atrevidas inspiraciones coloristas.

En el arte de la danza, su influencia ha sido decisiva. Loie Fuller, según ella misma refiere, halló en la India la inspiración de sus bailes. Hoy todo el moderno arte del baile busca en la antigüedad ritmos de líneas y colores. Y son Isadora Duncan, Maud Allens, Regina Budet, Ida Rubenstein, la Truhanowa, Tórtola de Valencia, toda una pléyade de bailarinas, evocadoras de las antiguas danzas de Grecia y de la India, danzas religiosas, sacerdotales, de iniciación y de misterio.

Unas por instinto, otras por arte. La mujer es siempre vaso de elección, propicio al hervor del fuego sagrado.

El baile moderno ha dejado de ser acrobatismo. Hoy pueden danzar las bailarinas con los pies desnudos; las bailarinas más famosas de antes no hubieran podido mostrar sus pies, atormentados por el horrible ejercicio al bailar sobre las puntas de los dedos; pies que habían perdido su forma, ensangrentados muchas veces al cabo de horas y horas de ensayos mil veces repeti-

dos para lograr fuerza y agilidad. ¡Las vueltas de cintura de la Pinchiara, los punteados de Rosita Mauri! Todo ello pasó para no volver, hasta que de puro viejo sea antiguo, que la antigüedad es la juventud de las cosas viejas.

\* \* \*

Pero una de nuestras autoridades se ha propuesto cumplir con la ley de protección á la infancia y ha prohibido la presentación de las discípulas de Loie Fuller en el teatro.

De todos los trabajos que puede hacer un niño, ninguno menos penoso que el de estas danzas. Nada más parecido á un juego infantil. Nada en ellas da idea de pena ó de esfuerzo.

La directora ha protestado contra esa medida de la autoridad. Es que está mal acostumbrada. Viene de otros países donde no se concede la menor importancia á los niños. Aquí no habrá podido ver niños abandonados por las calles, ni vendedores de periódicos menores de trece años expuestos

al frío en estas noches de invierno y alternando con golfos y golfas de la peor especie. Y si recorriera esos pueblos de Dios, no vería niños y niñas, al sol de Agosto, en las faenas del campo.

Como nada de esto ha podido ver, comprenderá lo justo de la determinación al prohibir ese espectáculo de unas niñas sanas y alegres que, seguramente, no lo habrán pasado mejor en su vida.

Pero nuestras autoridades no se enteran más que de lo que pasa en los teatros. Verdad es que, cuando no se encuentre á una autoridad por esas calles, ya se sabe dónde hay que buscarlas, en los teatros del distrito.



## XLIV

Como los encendedores mecánicos han obtenido tan general aceptación, y es de suponer que lo mejor de su clientela se halle entre las personas más liberales, por lo que tienen de novedad y adelanto, ó entre gentes inquietas y viciosas, por lo que tienen de azaroso, la caja de cerillas, orgullo de la fabricación española, ha quedado relegada á los fieles espíritus tradicionalistas, donde toda virtud y toda moralidad se asientan.

Reducido el consumo de las cerillas retrógadas á esta noble y severa parroquia, no es extraño que los fabricantes de cerillas cuiden la honestidad de los envases, como empresa de teatro aristocrático la honestidad de las comedias.

¿No han reparado ustedes? En las fotografías de célebres y lindas artistas, ornamento de las cajas de fósforos, de algún

tiempo á esta parte no se descubre descote ni desnudez pecaminosa. Hábiles retocadores lo han tapado todo. Ya con un chal, ya con una pañoleta, ya con un remiendo de la misma tela del vestido. No ha faltado más que poner un antifaz á los rostros, mientras se sustituye la emisión de retratos femeninos por una de santos varones de la cristiandad, ó de políticos conservadores, ó de coristas masculinos del teatro Real, ó cualquiera otra tan incombustible como éstas.

Entretanto se agotan las existencias de caras bonitas con las precauciones indicadas, no hay peligro de inflamación en las cerillas ni en el consumidor. Todo es economizar fósforo, y en esta parte hay que alabar el desprendimiento de los expendedores.

Según tengo entendido, la venta de cerillas corre ahora por cuenta del Estado, y vean ustedes cómo en tiempos de Gobierno liberal y democrático se moraliza y se honestiza. ¡Para que digan y murmuren luego cuatro viejas beatonas!

¡Oh, aquel empecatado Molière! Al presentarnos á su Tartuffe en escena, con pin-

celada maestra, le vemos encararse con la traviesa Dorina y decirle:

—Ah! mon Dieu! je vous prie  
Avant que de parler, prenez-moi ce mouchoir  
... Couvrez ce sein que je ne saurais voir.  
Par de pareils objets les ames sont blessées,  
et cela fait venir de coupables pensées.

Como Tartuffe y como estos moralistas fosforeros de ahora, conocí yo un señor que, apenas veía uno de estos descotes de caja de cerillas, pedía tintero y pluma y lo emborronaba con presteza. Alguien le dijo un día:—¡Pues si fuera usted al teatro Real y viera usted á muchas señoras! ¿Qué haría usted?—A esas, ¡todo el tintero, hijo mío, todo el tintero!

Ahora, ¡alerta, diosas de Ticiano y de Rubens, maja desnuda de Goya! Estos moralistas de ahora pueden trataros un día como á fotografías de caja de fósforos, ya que la luz gloriosa del Arte vale para ellos tanto como una cerilla y menos que un pitillo.

Es gente que sólo ve la Belleza por donde, como se dice vulgarmente, ven los gigantes de Burgos. Y se figuran que todos la ven como ellos.





